



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Apeles Mestres.)



— Me doy tono... porque quiero.
¡Porque soy el dibujante
más fino, más elegante
y que gana más dinero!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Cosas de El Escorial, por Fiaco Yrázoz.—Mondongo, por Eduardo de Palacio.—La mujer calurosa, por Juan Pérez Zúñiga.—El caballero de la mesa redonda, por Clarín.—Ventajas del clima, por Sinesio Delgado.—¡Caracoles!, por Calixto Navarro.—Cosas de ellas, por Mariano Marzal y Mestre.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular. Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Apelles Mestres.—Candidez infantil.—En busca de contrata (cuatro viñetas).—El caballero de la mesa redonda (cinco viñetas).—Sencillez campesina, por Cilla.



DE TODO UN POCO

DESDE FIGUEIRA

En la colonia de bañistas españoles tenemos de todo: jóvenes atolondrados, chicas preciosas, viudas feas, sacerdotes con ictericia, matrimonios amantes y maridos infelices.

Entre estos últimos figura Pepe Borrego, procedente de Madrid, que está casado con

una chata erudita, de quien dice Borrego:

—Reconozco que tiene un talento superior al mío. Ya quisiera yo saber redactar una carta como ella. Algo daría por que la naturaleza me hubiera dotado de una imaginación como la suya.

El caso es que Borrego se ha sometido voluntariamente á los caprichos de su esposa, y en aquella casa no se hace más que lo que ella dispone.

¡Me da una lástima el pobre Borrego!... La penúltima vez que estuve á verle me recibió en la cama, tapado hasta las orejas.

—¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?—le pregunté.

—No; estoy sudando al niño, que se nos ha acatarrado en el viaje.

—¿Y tu mujer?

Mi mujer se ha ido al Casino Peninsular, donde se celebra una *matinée* literaria. Un joven de Barba de Puerco ha citado á los bañistas españoles para leerles un drama de sensación.

—Pues venía á buscarte para que nos fuésemos á bañar juntos.

—Hombre, si he de decirte la verdad, yo por mí solo no puedo resolver nada.

—¿Tienes que consultar con el médico?

—No, con mi mujer. Puede que á ella no le guste que me bañe. ¡Como es así!

En aquel momento el chico comenzó á rebullir y á querer sacar los brazos, y Borrego le sujetaba diciéndole:

—¡Cuidadito conmigo! Á ver cómo no te destapas, que te puedes enfriar.

—Yo quiero levantarme—gritaba el chico.

—De ninguna manera.

Pero tanto lloró la criatura, que Borrego, conmovido, le permitió que sacara un brazo y después el otro, y luego una pierna, hasta quedar fuera de las sábanas, en cueros vivos.

—Corriente—le decía el papá.—Estate así quietecito, hasta que venga mamá; ¡y cuidado con que se te escape decirle que te has destapado!...

Media hora después entró la esposa, procedente del Casino, y se fué derecha á la alcoba donde estaba Borrego sudando como un pollo.

—¿Le has dado la cucharada á Arturín?—preguntó con acento imperativo.—Supongo que no se habrá aireado.

—No, hija mía—contestó Borrego guiñándonos el ojo al niño y á mí.

—¡Ah!... Usted dispense que no le haya saludado; pero como una tiens que estar en todo...—me dijo la señora.

—Es lo mismo, gracias—contesté yo.

Pues vengo del Peninsular, donde se ha leído un drama absurdo. ¡Una esposa ultrajada que sorprende á su esposo en brazos de la lavandera y ahoga á ambos!... ¡Imbécil! Sólo una mujer sin ilustración es capaz de un hecho semejante. ¡Que un marido olvida sus deberes y se va con otra mujer! ¡Que se vaya bendito de Dios! Es lo que yo le digo á éste cuando hablamos de estas cosas... Mire usted, estando nosotros en Baza, cuando éste era administrador de rentas, vinieron á decirme que éste me faltaba con una estanquera. ¡Y sabe usted lo que hice yo! Pues cogí á éste, lo embocé en la capa y lo puse de patitas en la escalera, diciéndole: «Anda, y que te haga buen provecho la estanquera». Yo soy así, y ya sabe éste que no le necesito para nada.

Yo estaba asustado y Borrego no hacía más que sudar y dirigirme miradas de inteligencia, que equivalían á decirme:

—Todo eso es verdad. No has visto nunca una mujer más resuelta ni más despejada que la mía.

Después Borrego, con cierta timidez, sacó la conversación de los baños y de mi deseo de que nos bañáramos juntos.

—No, no puede ser—dijo la esposa.—Á éste no le dejo bañarse porque es muy torpe y se me ahogaría. Además, está muy flaco, y no me gusta que le vean las capillas.

El esposo no dijo una palabra, pero quiso asentir con la cabeza á lo que había manifestado su mujer y cometió la imprudencia de sacar la nariz por encima del embozo. Entonces ella, fuera de sí, se arrojó sobre el inocente Borrego, gritando:

—¡Meta usted esa nariz donde debe estar!

—Pero...—se atrevió á decir él.

—¿Quieres matar al niño? ¿No sabes que el catarro es «pérfido como la onda»?

Borrego desapareció debajo de las sábanas, sin lanzar una queja.

✱

Yo salí de aquel domicilio asombrado de tanta mansedumbre y á los pocos días volví á visitar á Borrego, para saber cómo seguía el chico.

Borrego me dijo, bajando la voz:

—¡Chist!... Ten la bondad de no meter ruido.

—¿Qué pasa?

—Que está mi mujer en el gabinete, escribiendo... Mira dónde ha metido al chico, para que no la moleste.

Y me llevó á la despensa.

En uno de los vasos estaba la pobre criatura, envuelta en unos trapos, profundamente dormida.

De pronto oyóse abrir con estrépito la puerta del gabinete y la esposa de Borrego gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Pepe, Pepe!

—¿Qué deseas?—preguntó él.

—Vete á comprar plumas... ¡Volando!

Borrego echó á correr escaleras abajo y yo le seguí, firmemente convencido de que muchos españoles que vienen á Portugal nos deshonran.

Luis Taboada.

✱

COSAS DE EL ESCORIAL

(A VITALAZA)

Pero ¿ha visto usted, Vital, qué terrible desazón la que nos da Villarreal cuando sale de instrucción? ¡Á que á usted le ha despertado como á mí, seguramente, esa corneta estiridante con su marcha de *covado ó de frente!*

Dos días á la semana y á las tres de la mañana tocan diána en el cuartel, y en seguida de la diána —pues lo manda el coronel— se presenta Villarreal, el simpático oficial, al frente de un pelotón, con el encargo especial de enseñarle la instrucción.

Esto me parece bien si lo hiciera

dónde quiera, menos en la plaza de Juan de Herrera, donde hay mucha vecindad que está tranquila durmiendo, y la despierta ese estruendo... (que es una barbaridad)

¿No hay otro sitio mejor donde poderse mover manibrando á su sabor? ¡Sí, señor!

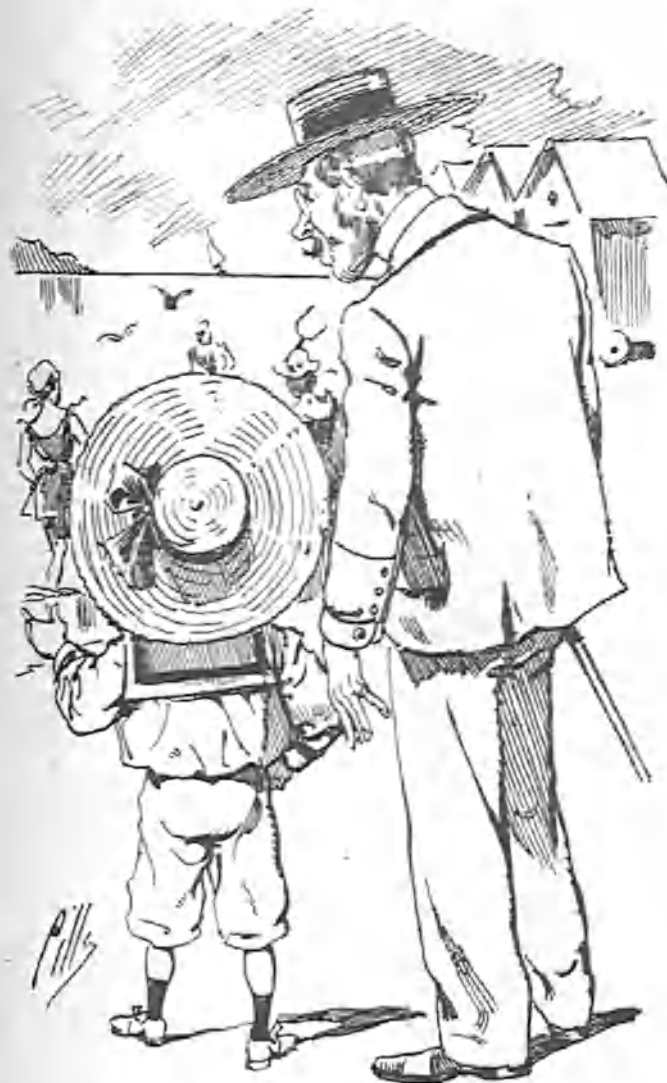
Sí, señor, ¡no lo ha de haber! Usted, persona influyente, á quien respeta la gente y son sus amigos tantos, ¡por Dios y todos los santos dígame usted lo siguiente! Dígame usted á Villarreal

que los lleve al Romeral,
ó á la Casita de Añejo,
ó á la Lonja ó al... atajo
de un camino vecinal.
Dígaselo usted en cuartetas
para ver si eso le anima,
ó logramos que suprima
las cornetas.
A ver si tiene usted suerte
y hace que no nos despierte
tan temprano,
pues madrugar no divierte
ni en invierno ni en verano.
Todos, todos en mi casa,
empezando por Isas,
se quejan de igual manera.
¡Como que ya es una guasa
lo que pasa
en la plaza... Juan de Herrera!
(Aquí me ha faltado el de,

pero dispénsame usted.)
Ya sé yo, amigo Vital,
lo que dirá Villarreal:
que nada puede hacer él,
aunque le da mucha pena,
porque el señor coronel
se lo ordena;
pero como este señor
es un jefe tan galante,
nos concederá el favor
al instante.
Sólo con que usted interceda,
como yo me lo figuro,
dices todos que es seguro
que en seguida se conceda,
y como ésa es la verdad,
¡ya lo creo!
¡Ya usted á hacemos un feo
á toda la vecindad!...

Por encargo,
Francisco Teijeiro.

CANDIDEZ INFANTIL



—Di, papa, qué cosa es más bonita, el mar ó las pantorrillas de las mu-
jeres?

—El mar, hijo mio. ¡El mar es lo más hermoso de la naturaleza!

—Pues entonces, ¿por qué tú no miras más que á las pantorrillas?

Monólogo.

No, Sinesio, no he salido de Madrid, desgraciadamente,
como usted suponía en sus versos números pasados.
Continúo aquí.
Necesidades del servicio me retienen en esta populosa cuan-
ta cálida capital del reino y coloniales.
Ya somos tres.
López Silva, usted y yo.
Pero paso días y noches *hirquies*, terribles.
Sufro pesadillas.
Sueño con cantores de Díaz Escobar y con partituras de Ta-
boda Singer.
Vago durante la noche como loco ó bien como tonto, y paso

alguna vez por el establecimiento acuático con azucarillos de Matilde la torera.

No me atrevo á tomar la mano que me tienden varios seño-
res, por mor de que sudan *pomé* y otras porquerías.

No hay brisa completa, sino *mezzo-soplano*, como D.^a Rita.
No se puede respirar.

Pesa el sombrero de paja, que uso como usted, aunque
siempre defendiéndole de algunos amigos poetas, para que no
me le devoren como devoran sus penas.

Muchas madrugadas, al desprenderme de la camisa, parece
que me despego un vejigatorio; con ella se va parte de la piel.

No me atrevo á comer, algunos días, no solamente por la ca-
restía de los comestibles, sino por temor á los platos calientes.

No me atrevo á beber, porque todo se vuelve agua y sudor y
emanaciones pútridas en estos días y en estas noches.

No me aventuro á «pegar los ojos», por miedo á no poder
despegarlos.

No me corro á amar á las muchachas preciosas, enfundadas á
la ligera y con mangas de faroles á la veneciana, por temor á
una congestión.

No quiero jugar al billar, por no acalorarme.

Me acompaña un criado con librea, para que me lleve el ci-
garro cuando fumo.

No oso—esto nunca—montar en bicicleta, por no abusar del
ejercicio ni excitar apetitos ardientes.

Me baño en agua de limón helada y cerveza de Santa Bárba-
ra: «grande y grande».

Escribo poco, pero malo.

Esto, lo mismo que en invierno.

No visito varias casas porque no han quedado en Madrid más
que los cabezas de familia y las chinches, también de familia.

Algunas noches me encamino al Hipódromo, ó á los Vive-
ros, y allí me desnudo y paseo hasta que amaneca, en cueros
vivos.

Hay quien pronostica que éste ha de ser un año de bienes,
porque abundan las moscas y las chinches.

Como abundar, abundan de veras.

Hay casa en Madrid donde las infrascritas chinches mueven
la cama de sus mayores.

Digo, de sus dueños.

Parece que se duerme en hamaca.

Yo conozco á varias personas de bien que crían chinches
como los trastos viejos.

Ello es que la vida en Madrid y en esta situación—no me
refiero á la política—no es posible.

Me explico los suicidios de unos á otros, que se repiten
¡ay! con harta frecuencia.

Y la falta de sintaxis de algunos escritores.

Y las faltas de Correos y Telégrafos.

Y todas las faltas.

En verano, ¿quién siente deseos de trabajar?

¡Y verse obligado á ganar el pan de la inamovilidad con el
sudor del rostro!

¡Qué porquería!

Eduardo de Palacio.

LA MUJER CALUROSA

«Así que aprieta el calor
—decía ayer don Melchor—
da mi esposa en refrescar,
y tanto me hace gastar
que me arruina, si señor.

¡Qué Pura de mis pecados!
Del calor suben los grados
y suda la gota gorda,
y aunque es un poquillo sorda
se muere por los helados.

Los toma de agras, café,
vainilla y melocotón.
¡Y lo que más sienté es que
no haya merluza *frappé*
ni sorbete de jamón!

Pero un día (estuvo bueno!)
la llevé al café del Trueno (1);
yo me tomé un chocolate
y ella un barquillo relleno
de ternera con tomate.

Se pone como una fiera
si yo le niego un helado
y á que me ablande no espera.
¡Cuántas veces la he pescado
refrescando con cualquier!

Acepta helados de Blas,
de Andrés, de Luis, de Tomás...
del nuncio, si á mano viene.
¡Esto no prueba que tiene
frescura? Pues quiere más.

Rompiendo abanicos es
notable como no hay tres.
¿Los mueve? Los hace añicos.
¡Dios santo! ¡Los abanicos
que ha destrozado en un mes!

Se da, sólo por manía,
cada día en agua fría
seis baños la condenada;
de modo que en todo el día
deja de estar arrugada.

Por refrescar me arma greca;
yo la riño y es extraño
que el calor le cause daño,
porque se queda tan *fresca*
después de que la regañó.

A Pura el calor la mata
y sin compasión maltrata
mi bolsillo y los ajenos.
¡Si el día que toma menos
toma un azumbre de horchata!

De tan costosa locura
librame ya, ¡Dios elemental!
¿Quiere Pura más frescura?
Pues bien, dale gusto á Pura
de la manera siguiente:

Ponla ¡oh Dios! á refrescar
como á un botijo vulgar
bajo tierra cualquier día.
¡Que baje á la tumba fría,
que allí es; donde debe estar!

Juan Pérez Zúñiga.

(1) Ya sé que no le hay. No se me echen ustedes encima.

En busca de contrata.



- Claro que estuve de corista el año pasado, pero ahora tengo ya tres sombreros distintos, dos mallas de color de plomo y unos pendientes finos, y yo puedo actuar si no es de primera tiple y con ocho duros...

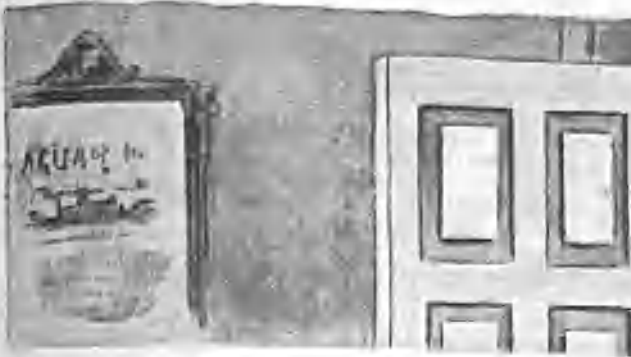
- Por allí pasa Povedano, que está formando para Alcalá de los Gazules... ¡A que no se acerca a decirme por ahí te pudras!



- Tengo hechos Campanero y sacristán, Los dineros del sacristán y La sobrina del sacristán, y con esta cara de sacristán... es imposible que me quede en la calle.



- Ya he dicho al agente que debemos ir juntos. Yo de primer bajo, porque tengo más estatura que Banquella, y tú de primer tenor, porque tienes más la rriga que Bergen...



EL CABALLERO DE LA MESA REDONDA

(Continuación.)

Una tarde de lluvia, aquel joven hipocondríaco llegó á caballo á los baños del Sr. Campeche. Se apeó, se acercó á un amigo, á quien preguntó con voz de sepulcro:

—¿Es cierto que aquí hacen ustedes atrocidades?

—Sí, señor, cierto...

—El médico me ha mandado mirar correr el agua, y distraerme. He visto correr las cataratas del Niágara... y como si fuesen un surtidor... nada. Voy á ver si distraerme... voy á hacer también alguna atrocidad... ¿este hígado!

Y, en efecto, se fué á la cuadra, montó otra vez en su caballo, picó espuela... y se metió en el comedor de la fonda, saludando muy serio á los presentes.

La broma produjo bastante impresión; algunas señoras se desmayaron; en fin, todo fué como se pedía; el joven del hígado enfermo, que en vano había visitado el Niágara, mejoró, recibió cordiales felicitaciones y confesó que hacía muchos años que no se había divertido tanto. Sin embargo, algunos envidiosos comenzaron á murmurar diciendo que aquello no era completamente original, que prescindiendo de Raimundo Lullo, quien según la leyenda había entrado á caballo en la iglesia siguiendo una dama, ya allí mismo, en aquel mismo comedor se había presentado jinete en un burro garañón, y todo era montar, un diputado provincial, famoso por esto y por haberle rajado una ingle á un elector, de una navajada, años adelante. El joven del hígado supo que se murmuraba, y dispuesto á eclipsar á todos los diputados provinciales del mundo, al día siguiente se distinguió de una vez para siempre del vulgo de los bromistas con una hazaña, que dejó la perpetua memoria á que antes me refería.

Y fué que, colocanda, con gran trabajo, encima de la balaustrada de una galería abierta sobre el comedor, una gran cómoda, una tarde dejó caer el mueble, que bien pesaría dos quintales, sobre una de las mesas en que estaban comiendo hasta doce señoras y unos veinte caballeros.

No murió nadie, pero fué por casualidad: ¡el del hígado hizo lo que pudo!

La mesa y la cómoda se hicieron pedazos, el piso se hundió, del servicio de plata, cristal, etc., no se supo más; los síncope



pasaron de veinte, hubo tres desafíos, se marcharon catorce huéspedes.

Los más recalcitrantes tuvieron que confesar este hecho evidente: que como la broma de la cómoda no se había dado ninguna. En cuanto al Sr. Campeche tuvo el buen gusto de no decir una palabra al héroe de la atrocidad; estaba en las costumbres.

Nadie se explicaba, satisfactoriamente á lo menos, por qué en los meses alegres de Mayo y Junio, y aun en los del calor, Termas-altas era una Arcadia balnearia, y en otoño un hospital triste, aburrido, frío, donde todos tenían mal humor.

Probablemente contribuiría el clima á esta diferencia. El paisaje era de los más hermosos del litoral del Norte; verdura por todas partes, colinas como macetas de flores, riachuelos, bosques, un lago de verdad, accidentes románticos del terreno, tales como grutas, islas en miniatura, cascadas y hasta una sima en lo alto de un monte cónico que el Sr. Campeche juraba que era el cráter de un volcán apagado. A los incrédulos les amenazaba con los testimonios escritos que constaban en el Ayuntamiento, allí, á legua y media de la casa.

El cráter era el elemento legendario de aquella topografía que había convertido en una industria el dueño del balneario.

Pero, si el país ofrecía tales delicias naturales, en cuanto empezaba Septiembre se aguaba la fiesta; nubladas, vientos, aguaceros, días sin fin de lluvia fría y triste, de horizonte de plomo, un frío húmedo que hacía pensar en el de la sepultura; tales eran los achaques de la estación en aquel delicioso país de panorama. En vano Campeche, entonces, enseñaba á los nuevos huéspedes fotografías del cráter y de las cataratas. — ¡Si el cráter estuviera en ebullición, le decían, menos mal: se calentaría uno al amor del cráter!... En cuanto á cataratas... allí estaban abiertas las del cielo. ¿Por qué venían en otoño enfermos á Termas-altas? Porque, comprados ó no por Campeche, los médicos de toda la provincia aseguraban que la mejor temporada de baños, higiénica y terapéuticamente considerada, era la de Septiembre y Octubre.

De modo, que por el verano venían los que querían divertirse, y por el otoño los que querían curarse. Tal vez esto, no menos que las variaciones meteorológicas, era causa de la desigualdad de humores en las diferentes temporadas.

II

En aquellos días tristes del mes de Octubre, en que los huéspedes del gran hotel de Termas-altas se apiñaban hacia la becerra de la mesa, en el comedor frío y húmedo, á los postres,



la conversación, antes floja y malhumorada, se animaba un tanto, aunque fuera para maldecir con nuevos alientos de la vida insoportable de aquel caserón y del abuso de las propinas. Se hablaba mucho también de la virtud curativa de las aguas, tópico de conversación que en la temporada primera era casi de mal tono. La mayor parte de los enfermos se declaraban escépticos, unos en absoluto, negando la eficacia de toda clase de baños, otros con relación á los de Termas-altas.

Aquella mañana en que vimos detrás de la vidriera de la entrada al mísero piamontés del arpa disputar en vano al viento y á los chaparrones el privilegio de halagar las orejas de los comensales, la animación biliosa de última hora había crecido en razón directa del mal humor taciturno con que el almuerzo había comenzado.

Se negó allí todo: el cráter, las cataratas, las mejoras del establecimiento, la eficacia y hasta la temperatura oficial de las aguas, el buen gusto de las bromas pesadas del verano, la hermosura del paisaje, la existencia del sol en tales regiones, ¡y qué más! hasta la fama de bellas y no muy timoratas que gozaban las muchachas del contorno se puso en tela de juicio.

Un matrimonio físico, de cincuenta años por cada lado, de gesto de vinaigre, aseguró que las chicas de aquellas aldeas eran feas, pero honradas á fuerza de salvajes; y que las aventuras que se referían, no eran más que invenciones del señor Campeche para atraer parroquianos y gente profana, es decir, solterones sanos como manzanas, que no venían allí, más que á alborotar.

—No me parece muy correcto, decía el vejete, cuyas palabras sancionaba su mujer con cabezadas solemnes, no me parece muy correcto desacreditar á todo el sexo



débil de un partido judicial entero, con el propósito de llamar la atención y atraer gente de dudosa procedencia y de malas costumbres.

Este señor, que así hablaba, era fiscal de la Audiencia, y su mujer le ayudaba á echar la cuenta por los dedos, cuando se trataba de pedir años de presidio, y de sumar ó restar en virtud de las circunstancias agravantes ó atenuantes. La fiscalía se había acostumbrado de tal suerte al tecnicismo penal, que cuando le preguntaban cómo le gustaban los baños, si muy fríos ó muy calientes, respondía:—¿Sabe usted? Me gusta tomarlos desde el grado medio al máximo.

Como siempre, negó aquella mañana el fiscal la hermosura de las muchachas del contorno, y la facilidad de los idilios consumados al ras en aquellas frondosidades.

—Pues hombre—se atrevió á decir un D. Canuto Cancio, antiguo procurador, que respetaba mucho al fiscal—le aborrecía mucho más, pues pedante, como él decía;—pues hombre, D. Mamerto no tiene fama de embustero... y, con permiso de usted, señor fiscal, y salvo su superior criterio... y su conocimiento del mundo... D. Mamerto asegura... en el seno de la confianza, por supuesto, que él, que la Galinda y la de Rico Pérez... y la molinera...

—Lo de la molinera es un hecho—interrumpió otro comensal.

—Y á la de Rico Pérez la he visto yo con D. Mamerto en la llosa de Pancho, al oscurecer, este mismo año, en Junio—dijo otro huésped.

—A usted, D. Canuto—se dignó contestar el fiscal, despreciando á los interruptores, á quienes no conocía;—á usted le hacen comulgar con ruedas de molino.

La fiscalía, asegurando sobre la afilada nariz los lentes de tufope, miró á D. Canuto con desdén, y con aire de desafío, como retándole á desmentir á su marido:

¡De molino!—aseguró la altiva señora.

Ese D. Mamerto...

Expectación general: cesa el sonido de tenedores; los camareros se detienen á oír lo que va á orar el señor fiscal contra D. Mamerto, el ídolo de Termas-altas. El mismo Sr. Campeche, que oye sonriendo que le desacreditan las aguas, frunce el entrecejo, temiendo que el señor fiscal se extralimite en esta ocasión.

—Ese D. Mamerto...

El fiscal vacila. Duda si su autoridad es suficiente para arriesgar se á decir algo que lastime la fama de D. Mamerto.



Ese D. Mamerto—exclama con voz de trueno un coronel retirado que ocupa al lado de Campeche la cabecera—es un modelo de caballeros, incapaz de mentir, y mucho menos de darse tono con aventuras falsas y fortunas soñadas ¡entiéndalo usted, señor mío!

Los fiscales se vuelven con sillas y todo, hacia el coronel, el cual desde este momento asume la responsabilidad de todo lo que allí pase, según inveterada costumbre, siempre que se agriaran las cuestiones á la mesa.

D. Canuto es el que echa la liebre siempre, y si le insultan ó desprecian, calla y se vuelve hacia el coronel, como diciéndole: «¡ahora usted empieza!»; y el coronel, que nunca tira la piedra, porque es muy prudente, jamás esconde la mano, y aun suele utilizarla, plantándola en la mejilla del lucero del alba si le irrita.

D. Diego, con su gota y todo, defiende las tradiciones de la mesa; y nada más tradicional y respetable allí que D. Mamerto Ancheriz, nuestro héroe.



Clarin.

(Se continuará.)

VENTAJAS DEL CLIMA

Juan Gómez, albañil y madrileño, habitante en la calle del Calvario, cayó enfermo; la ciencia fue impotente: se murió, y le enterraron.

Pasó todo el verano como un héroe ganando su jornal sobre el andamio y aguantando del sol del mediodía los besos incendiarios, y durmiendo de noche en su tugurio, que era *talmente* un horno estrecho y bajo donde las salamandras solamente podrían le tirando.

Tenía sobre el alma en el instante de la muerte una carga de pecados: dos ó tres peloteras de la taca, diez juramentos falsos

y cuatro ó seis docenas de amoríos de esos que sin querer salen al paso... No pudo contarse, y fué al infierno con mil pares de diablos.

El encargado de llevarle dijo dándole un golpecito con el rabo: —Juan Gómez, albañil, á la caldera número treinta y tantos!

Un demonio de cuernos retorcidos cogió por el pescuezo al condenado, llevóle arrastrado, y en la per hirviendo le zambulló en el acto.

Juan Gómez al caer abrió los ojos, se acordó de su casa, del andamio, y pensó:—¡Ni está fresco! ¡Esta es la gloria! ¡Se habrá equivocado!

Sincero Delgado.

¡Caracoles!

Ya descifré el logogrifo que va á sacarme de apuros: ya di con la forma y modo de que dos ó tres infundios que tengo en casa metidos, cansados de correr mundo y de no quererlos nadie, se me hagan, y se hagan mucho. ¡Pero una cosa tan fácil y no caer!... ¡Seré bruto! Me levanto una mañana y me como un niño crado, ó cojo á un sexagenario decrepito y lo *espanauro*. ¡Qué placer! Las gentes gritan y me echan mano. ¡Qué gusto! ¡Al abanico! ¡En mis glorias! ¡Pues si es eso lo que buscó! ¡El capuchón! ¡Qué elegante! ¡Á un calabozol! ¡Qué lujo!

La prensa tiene materia para un trimestre, y no es mucho. Se detalla mi estatura, lo que peso, lo que abulto, si cursé latinidades en Salamanca ó en Burgos, quién me *lactó*, y cuánto tiempo, si soy fatigoso y sudó, quién me *afinó* y en qué días, y cuando ya todo el mundo sepa de qué pie cojeo, hice el negocio y me tumbe: remito mis manuscritos á Kalava y á Apolo, y ¡durol! Vengan representaciones y ovaciones y tumultos y, *non-plus* de los autores, cobro más que todos juntos. ¡Capitina, capitina! ¡Y cuidado si discuro!

Calisto Tanasio.

SENCILLEZ CAMPESINA.



—Pos mira, yo ya lo tengo mi pensa, y al te salce bien, (hala) ¿Que tus padres no me miran con güenos ojos? Pos nosotros seguimos viniendo aquí toos los días... El caso es que pa cuando se enterea ya no tenga remedio.

¡Cosas de ellas!

I
 La puerta mal cerrada de tu alcoba
 dióte ocasión propicia á mi deseo...
 Á ti me aproximé; la lamparilla
 fulguraba con pálidos reflejos
 y pude, á su favor, ver anhelante
 las niveas redondeces de tu seno,
 tus brazos torneados y el contorno
 de las perfectas curvas de tu cuerpo.
 Dormías sonriente, y de tus labios
 provocativo se escapaba un beso;
 tomarlo quise, mas la santa imagen
 que está á la cabecera de tu lecho
 miróme tan severa, que confuso
 sentí, por mi intención, remordimiento.
 Bien puede tu poder dormir en calma,
 que nadie manchará tu casto sueño,
 guardado como está por aquel Cristo
 que al hombre más audaz causa respeto.
 Escuchóme enojada y ruborosa
 la inocente beldad; ¡trabajo inmenso
 me costó el conseguir desenojarla
 por haber penetrado en su aposento!

II
 La puerta mal cerrada de su alcoba
 otra vez fué ocasión á mi deseo...
 Á ella me aproximé; la lamparilla
 fulguraba con pálidos reflejos
 y pude, á su favor, ver anhelante
 las niveas redondeces de su seno,

sus brazos torneados y el contorno
 de las perfectas curvas de su cuerpo.
 Dormía sonriente, y de sus labios,
 provocativo se escapaba un beso...
 ¡Igual que la otra vez!... ¡Sólo faltaba
 la imagen del Señor sobre su lecho!...

Mariano Marzal y Mestre.

CHISMES Y CUENTOS.

El eminente actor D. Antonio Vico, decidido á trabajar en Madrid durante la temporada próxima; formará compañía y tomará en arriendo el Teatro de Novedades.

Prepárense ustedes, pues, á leer en casi todos los periódicos lacrimosas quejas de la indiferencia del público, que prescinde de las joyas de nuestra literatura dramática y acude á hartarse de *bazofia* en los teatros por secciones.

Sin perjuicio de que los que se quejan tampoco vayan á ver á Vico.

Conste que he tomado la noticia de la prensa y... pudiera no ser cierta. Porque en asuntos teatrales corren estos días por las columnas de mis apreciables colegas unas *especies* equivocadas que me río yo de las coplas de Calainos.

Sin ir más lejos, se anuncia el próximo estreno en el Teatro de Apolo de un sainete de Vega y Bretón titulado *Se hierra en frío*, y no hay tal hierro ni tal frío, ni tal sainete. Cuando le haya, que para rato hay, se titulará *Jugado municipal; se hierran bueyes en potro*.

Por lo menos así lo dice el propio cosechero. Y habrá que creerle

Y á propósito, por si son útiles á mis distinguidos compañeros que se ocupan de esos asuntos, les daré, respecto al Teatro de Apolo... las noticias que puedo dar hasta ahora.

Las obras que se estrenarán, si no surge algún tropiezo (y Dios no lo quiera), son las siguientes, con sus títulos auténticos y legítimos:

La vetea del pueblo, de Olona y Nieto.

Las zapatillas, de Jackson y Chueca.

Al fin se casa la Nieves, ó vámonos á la venta del Grajo, de Vega y Bretón.

Agua, azucarillos y aguardiente, de Ramos y Chueca.

La gitanilla, de Echegaray y Chapí.

La tribu salvaje, de Gaspar y Caballero.

El coche correo, de Arniches, López Silva y Chueca.

Ahora... la Providencia sobre todo.

Y el que quiera saber más que vaya á Salamanca.

Si no miente el sereno,
¡bueno estaba yo anoche! ¡bueno! ¡bueno!

A. CASAÑAL.

Esto levanta el ánimo:

«Á la vista del puerto de Tunas desembarcó el día de Santiago, á las seis de la tarde, la expedición mandada por Carlos Roloff, Serafin Sánchez y José Rogelio Castillo.»

No falta más que añadir: «con toda felicidad.»

Y entretanto se construye á toda prisa la escuadrilla de cañoneros.

Esto de no acordarse de Santa Bárbara hasta que truena...

Dicen que á Juana abrázala el deseo
de que se acerque el día de su boda.
¿El día?... ¡No lo creo!...

ABRAHAM LIMORTI.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un aspirante catalán.—No puedo copiarle íntegro, porque un soneto de quince versos siempre será largo. Pero, en fin, con el principio basta.

«SONETO

Sobre el blando manto del azul Océano
reposan allí muchos miles de héroes
que lucharon con el mar hasta morir.
Les postró el mar á su fondo
después de todo esfuerzo en vano
quedando al fin vencidos
por su terrible enemigo.»

Crea usted que se le quitan á uno las ganas de ser náufrago sólo porque no le digan á uno esas cosas.

Sr. D. E. C.—¿Querrás creer que un he tenido tiempo de leerla todavía? Sólo sé que es excesivamente larga y en endecasílabos!

Robinson.—No se entiende bien eso. Parece cosa política, pero ¿quién es capaz de jurar que lo sea efectivamente?

Fernán Gómez.—¿No le parece á usted que resulta un poquito sucio el cuento?

Miguelín.—Esos diálogos... ó tienen carácter y gracia ó son aburridos y sosos. Una de dos. Crea usted que ése es el género más difícil.

Tomate.—Es mala. Y además es mía.

El novio de Pepa.—Puede mandar firmado el soneto.

M. B. de V. C.—No, señor; no molesta usted, ¡al contrario! Y el género que usted cultiva es de los que me gustan. Adelante, pues; y crea que tengo verdadero interés en que salga usted con su empeño. Puede mandar la firma, por si alguna vez encuentro ocasión de aprovechar algo.

Percebes.—No; no se puede arreglar, porque había que quitar sílabas de un lado para ponerlas en otro... En fin, una obra de albañilería materialmente.

C. R. D.—Sin novedad. Lo cual es un defecto como otro cualquiera.

Sr. D. J. C. R.—También es muy mediano el soneto. Pocos versos tienen las sílabas reglamentarias.

El chulo Longanizas.—«Cuando á ti no te quería
tú me querías á mí
hoy que yo te quiero á ti
tú no me quieres ¡impía!»

Se atribuye á Abraham aquello de cuando quise no quisiste, y ahora que quieres no quieres. ¡Conque ya ve usted si es antigua la ideal!

Un compañero de pedal.—¿De quién? ¡Mío no, que todavía no he caído en eso! Los cantares son medianitos.

Crito.—Los pensamientos no son malos. Pero la forma... ¡ay! ¡por qué descuida usted tanto la forma?

¿Se publicarán?—Eso quiséramos usted y yo seguramente, pero palpita en ellos cierta filosofía inocente que casi no se usa.

Sr. D. A. M. L.—Complaciera á usted con gusto, pero padece usted un error de apreciación. Las sátiras contra los malos no van nunca contra los buenos, y allí, además, se hacen las salvedades necesarias. Léalo usted de nuevo y se convencerá de que no se sabe más que á los que no sirven para el caso.

El de los Cangrejos.—Lo de la salbadera es una inocentada para el que no lo entienda, y para el que lo entienda... ¡jesús! es cosa de taparse la cara con las manos para ocultar el rubor.

B. Cuadro.—¿Cáspita, qué porquería surge de esa poesía!

Relance.—¡Pobres voluntarios cubanos! Los agentes se quedan con treinta duros de cada cuarenta, y los poetas les endilgan romances aconsonantados de los que atraen el vómito negro.

Un minero.—Siento no poder aprovechar nada. De lo otro... no hay inconveniente. Mándelos usted cuando quiera.

Cornicorto.—Así versifican cualquier nacido, pero peor... ¡casi es imposible!

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MALAGA-MANAGARANES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DÍEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.